reembarcar en los bergantines, poniendo en confusion y brida á los indios ausiliares; es menester decir, sin nota de ecsageracion, que un solo indio puso miedo á un ejército apoyado en un cuadro de españoles acostumbrados á vencer y con armas de superior calidad y ventajas. A este si puede aplicársele el dicho de Solis, hablando del valor que mostraron los castellanos en la batalla de Otumba.... "Ni daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe."

CAPITULO XXXIV.

De como los chinampanecas vinieron á ayudar á los mexicanos: conviene á saber, los de Xuchimilco, y los de Cuitlaóac (*), y los de Iztapalapa de mala (†).

Los indios de la laguna, que se llamaban chinampanecas, conviene á saber, los xóchimilcanos, los de Cuitlaóac (‡) y los de Iztapalapa conyecturaron, que si fuesen á ayudar á los mexicanos en aquella necesidad, podrian aprovecharse mucho de lo que robasen, y de los esclavos que captivasen; y ansí se juntaron los principales destos pueblos, y se ofrecieron al señor de México y á los principales del Tlaltilulco que querian ayudarles por sacarles de aquella necesidad que tenian. Habiendo oido este ofrecimiento el señor de México y los principales del Tlaltilulco, hiciéronles gracias por tan buen comedimiento, y luego les dieron dones en señal de amistad, y dijéronles: "Señores nuestros, y amigos nuestros, pues que ansí quereis hacernos esta merced, id enhorabuena, y poneos en el puesto que os mandará el maese de campo, y pelead varonilmente." Luego los llevaron donde habian de estar. Puestos que fueron en su plaza comenzaron á dar grita y á pelear contra los enemigos de los mexicanos, y los xóchimilcanos comenzaron á hacer lo mismo peleando desde las canoas, y luego comenzaron á robar á la gente mexicana que estaba en sus casas guardando sus haciendas, y sus hijos y mugeres, y á los que se defendian los mataban, y á las mugeres, hijos é hijas captivaban, y los maniataban y ponian en sus canoas para llevarlos á sus casas. Los mexicanos que vieron lo que pasaba, dieron voces, en especial los capitanes para que se advirtiese en la traicion que hacian los chinampanecas. Oidas estas voces, los que peleaban por el agua de los mexicanos, y los del Tlaltilulco que tambien peleaban por el agua en el barrio de *Nonoalco*, acudieron todos en las canoas, y comenzaron á matar á los xóchimilcanos y á los otros chinampanecas, y captivaron muchos dellos, y los sacrificaron á sus dioses, y les quitaron la presa de gente que tenian aligados y atados en sus canoas, y todo el otro robo que habian hecho. Cuando estas cosas pasaban entre los mexicanos y los chinampanecas, los españoles y los indios sus amigos se recogieron á sus reales, holgándose ver revueltos los unos con los otros (*), y esperaban que el negocio fuese mas adelante por descansar y repararse algun dia, entretanto que ellos se descalabrasen. Los mexicanos captivaron á muchos de los chinampanecas, y lleváronlos á presentar al señor de México y de *Cuitlaóac* que estaban juntos en *Xacaculco*, (que ahora se llama Santa Ana). Aquellos que eran vasallos del señor de *Cuitlaóac*, que se llamaba *Mazeoatzi*, saludaron á su señor, y él los reprendió mucho de la traicion que habian hecho, y el señor de México habló al de Cuitlaóac para que muriesen aquellos traidores, y luego el señor de Cuitlaóac cortó las cabezas á cuatro de aquellos capitanes suyos, y dió al señor de México otras cuatro para que los matase por su mano, y mandaron que los demas captivos, que eran muchos, los

(*) *Cuitlaóac, hoy se llama* Tlahua.

(†) *Se suple* fé, *que falta en el texto autógrafo.*

(‡) *Hoy se ocupan los de este pueblo en pescar pescado blanco y se coje de gran tamaño.*

(*) *Divide y mandarás, esta sin duda fué maniobra de ellos.*

matasen delante de los ídolos de México y del Tlaltilulco en sacrificio de los dioses; de manera que murió gran cantidad de gente de los de Xuchimilco y de los otros chinampanecas por la traicion que hicieron, porque habiéndose ofrecido para ayudar á los mexicanos, á traicion se volvieron contra ellos. Habiéndose asosegado esta rebeldía entre los mexicanos y chinampanecas, y habiendo descansado los españoles aquellos dias, volvieron á proseguir su guerra, y vinieron en dos bergantines bien aparejados á quel barrio de *Nonoalco*, que es en el de Tlatilulco: arribaron á la orilla del agua y saltaron en tierra, y comenzaron á pelear con los tlatilulcanos con arcabuces y ballestas, y cañones que traian en los bergantines. Los tlatilulcanos temiendo la artilleria, arcabuces y ballestas huyeron del campo, y pusiéronse detras de las paredes y casas que estaban por allí cerca por valerse de la artilleria de los enemigos. Los mexicanos no osaban á salir á pelear con ellos por miedo del artilleria, y los españoles no osaron apartarse de los bergantines porque no se los tomasen por el agua; y como vieron los mexicanos que los españoles estaban quedos, y no se apartaban de los bergantines, determinaron de salir contra ellos de los escondrijos á donde estaban, y comenzaron á dar grita para acometerlos; y como comenzaron á pelear, gran parte del dia perseveraron en la pelea, y murieron muchos indios de ambas partes, y los tlatilulcanos prendieron quince españoles, y luego los llevaron á presentar delante del señor de México, y de los otros principales que estaban en el barrio de *Xacaculco*, que es Santa Ana.

NOTA DEL EDITOR.

El P. Clavijero conviene en la relacion del capítulo precedente; pero dice, que esta traicion parece *no haber sido planteada ni puesta en ejecucion sino por una parte del populacho de aquella capital (México), gente mal nacida, y dispuesta siempre á cometer toda clase de delitos." Es probable que así fuese, por lo que la esperiencia nos enseña, y aun en nuestros dias vemos con dolor practicarse semejante maldad, que la naturaleza repugna y se horroriza. Conducta tan infame, ha costado bien caro á sus agresores, y costará siempre á los que la practiquen.*

CAPITULO XXXV.

De como habiéndose recogido los tenuchtitlas al Tlatilulco para hacerse allí fuertes con los tlatilulcanos, prendieron en una escaramuza diez y ocho españoles, y los sacrificaron á sus dioses.

PROCEDIENDO la guerra cada dia por tierra y por el agua los españoles contra los mexicanos, ibanlos cada dia arrinconándolos hácia el Tlatilulco, y en una escaramuza que hubo así por el agua como por tierra, fueron presos diez y ocho españoles, á los cuales despojados de todas sus armas y vestiduras, y maniatados, los presentaron al señor de México, y á los otros principales que con él estaban en un barrio que se llama *Tlacuchcalco* (en que estaba una casa que era como casa de audiencia, cerca de donde agora es la iglesia de Santa Ana) y luego los sacrificaron en un Cú, que allí cerca estaba, sacándoles los corazones sobre una piedra que era como un pilar cortado tan grueso como un hombre y algo mas, y tan alto como medio estado. Allí á cada uno echado de espaldas sobre aquella piedra que se llama *Techcatl*, uno le tiraba por un brazo, y otro por el otro, y tambien por las piernas otros dos, y venia uno de aquellos sátrapas con un pedernal como un hierro de lanza enhastado en un palo de dos palmos de largo, le daban un golpe con ambas manos por los pechos, y sacando aquel pedernal por la misma llaga, metia la mano y arrancábale el corazon, y luego fregaba con él la boca del ídolo, y echaba á rodar el cuerpo por las gradas abajo, que serian como cincuen-

ta ó sesenta gradas; por allí abajo iba quebrando las piernas y y los brazos, y dando calabazasos con la cabeza hasta que llegaba abajo aun vivo: llegando abajo, otro sátrapa le cortaba la cabeza y la pasaban por las sienes en un palo largo (que era como percha) y estaba la cara vuelta hácia el ídolo. De esta manera los sacrificaron á todos, y los cuerpos los cuarteaban luego, y los repartian entre los que los habian prendido, y al que mas habia hecho en este caso le daban mayor pedazo, y desta manera repartidos los comian asados, ó cocidos. Todas estas cosas estaban mirando los españoles sus compañeros desde los bergantines, y no osaban salir á defender á sus hermanos, ni á ofender á los que desta manera los trataban. Aderezaron otro bergantin, y metiéronle en el barrio que se llama *Xocotitla* (que es agora S. Francisco) que por otro nombre se llama *Cioatecpa*. Comenzaron allí á pelear con los tlatilulcanos, y ellos les trataron de tal manera, que tuvieron por bien de volverse á su bergantin, y por el camino que habian venido se volvieron á un barrio que se llama *Coyonacazco*, cerca del hermita de Sta. Lucía (que por otro nombre se llama *Amaxac*). Aquí en este lugar de *Coyonacazco* tuvieron otra escaramuza con los españoles, donde murieron algunos indios, y Rodrigo de Castañeda (á quien los indios llamaban *Xicotencatl*, por tenerle por valiente hombre) estuvo bien cerca de perder la vida; finalmente se escapó, porque otro bergantin vino á favorecerlos; y por razon de los españoles que los indios habian muerto en su presencia, tornaron á pregonar *guerra de nuevo*, haciendo juramento solemne que la guerra no habia de cesar hasta que vengasen la muerte de sus hermanos los españoles, y no quedase hombre dellos que no muriese en sus manos: de ahí adelante comenzaron á cegar todas las acequias y caminos de canoas por donde peleaban entre las casas donde los bergantines no podian entrar, y así comenzaron á derrocar casas, y allanar todas las acequias con tierra y madera, y con haces de cañas debajo, que no quedaba casa enhiesta (ó parada) y así iban allanando todo el pueblo para pelear por tierra

llana, á pié y á caballo. Comenzaron á darles guerra con todo el aparato con que los españoles suelen pelear, con banderas desplegadas, con atambores y pífanos, con toda la órden que usan cuando dan batalla á sus enemigos. Tambien los mesmos indios comenzaron todos á ponerse en ordenanza, y á acometer á los españoles con todo el aparato de guerra que ellos usaban, y allí un principal, llamado *Tlapanecatl*, (*) arremetió y tomó una bandera de un alferez de los españoles, lo cual se tuvo en mucho atrevimiento.

NOTA DEL EDITOR.

Las desgracias sucedidas á los españoles de que habla el capítulo precedente, les obligaron á hacer otra clase de guerra de la que hasta aquí habian hecho á los mexicanos; guerra sin duda mas dispendiosa, y que necesitaba de mayor número de brazos. Ministróselos en gran parte el nuevo rey de Texcuco Ixtlilxochitl, quien como dice Clavijero, para manifestar á Cortés su gratitud, armó ademas de toda su nobleza un ejército de cincuenta mil hombres, bajo las órdenes de un hermano suyo, llamado en el bautismo Cárlos Ixtlilxochitl. *Cortés pondera en sus relaciones la oportunidad é importancia de este ausilio, y tuvo en su campo treinta mil de estos hombres, y los veinte mil restantes los dividió en los campos de Sandoval y Alvarado. Siguió á este refuerzo de los texcucanos la confederacion de los toquimilcas y otomíes de los montes, y de los que dice Clavijero se agregaron otros veinte mil mas; número que á no aseverarlo tantos autores, no dariamos hoy el menor asenso, aunque en mi juicio es muy escesivo.*

(*) En la primera edicion de esta Conquista se le llama *Tlapanecatlhecalzin*, y se dice que era un esforzado tlaltilulcano.

CAPITULO XXXVI.

De como los mexicanos en este pueblo del Tlaltilulco prendieron cincuenta españoles y otros muchos indios, y los sacrificaron á sus dioses.

Como aquel indio *Tlapanecatlecazin* hubó tomado la bandera al español que guiaba, luego los soldados viejos de los indios tomaron orgullo y comenzaron á dar voces á los que estaban asbcondidos tras las paredes, los cuales salieron á pelear contra los españoles; y como vieron á los españoles que venian sin órden y atropellados, embistieron con ellos, y prendieron muchos de ellos de aquella vez, que fueron cincuenta y tres, y de los indios tlaxcaltecas y texcucanos, y de los de Chalco y Xuchimilco prendieron gran cantidad, y los presentaron al señor de México y á los otros principales del Tlatilulco que con él estaban en la casa de *Tlacuhcalco;* allí los sentenciaron que todos fuesen muertos delante de los dioses, y con todas las circunstancias con que ellos solian sacrificar á los españoles, con cuatro caballos que les tomaron los sacrificaron todos juntos en un Cú principal que se llamaba *Momozco*, y á los indios, porque eran muchos, los repartieron por muchos Cúes, donde todos fueron sacrificados delante de los ídolos: los demas españoles é indios huyeron, y se fueron á sus estancias. A los captivos españoles los llevaron á sacrificar, y sacrificaron en aquel *Momozco* con todas las circunstancias que acostumbraban, y despues cortadas las cabezas, ensartaron en las perchas, y tambien las cabezas de los caballos. Cuando estas cosas pasaron, los mexicanos y tlatilulcanos estaban todos cercados por agua y por tierra, y la pelea no cesaba de noche ni de dia. La diligencia de guardar por todas partes para que no les entrasen bastimentos ni favor alguno de gente era muy grande por agua y por tierra; de ambas partes morian muchos, y se captivaban muchos.

NOTA DEL EDITOR.

Toda la ilustracion que merece el capítulo anterior, está conecsa con el testo del siguiente, que á la letra dice:

CAPITULO XXXVII.

De la primera vez que los españoles entraron en el tianguez (ó mercado) deste Tlaltilulco.

Prosiguiéndose la guerra entre los mexicanos y los españoles, siempre les iban ganando tierra los españoles á los mexicanos, y los iban arrinconando hácia el lugar donde finalmente los dieron mate, en un rincon deste Tlaltilulco, que se llama *Tetenantitech* donde ahora está edificada la iglesia de la Concepcion de la Madre de Dios Ntra. Sra. Santa María. Un dia continuándose los reencuentros y escaramuzas entre los españoles y indios, los de á caballo entraron en la plaza ó tianguez deste Tlatilulco (lugar muy espacioso mucho mas de lo que ahora es) el cual se podia llamar emporio de toda esta Nueva-España, al cual venian á tratar gentes de toda esta Nueva-España, y aun de los reinos á ella contiguos, y donde se vendian y compraban todas cuantas cosas hay en toda esta tierra, y en los reinos de Quauhtimalla (ó sea Guatemala) y Xalisco (cosa cierto mucho de ver.) *Yo lo ví por muchos años* (*) morando en esta casa del Señor Santiago, aunque ya no era tanto como antes de la conquista. Entrando pues en el dicho tianguez ó mercado, los de á caballo comenzaron á pelear contra los que estaban defendiendo que no entrasen (porque

(*) *A este testimonio ¿quién resiste? Nadie. Hoy está tan desolado este lugar, que á las doce del dia puede un hombre pasearse por él en cueros, sin que haya quien lo vea .... ¡Gracias al gobierno paternal, suave y político español!*